

REPENSAR ALGUNAS CLAVES EDUCATIVAS DESDE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Juana Sánchez-Gey Venegas
Universidad Autónoma de Madrid

CONGRESO DE PROFESORES

“NUEVA EVANGELIZACIÓN, NUEVA ESCUELA. REDESCUBRIR LA ALEGRÍA DE LA FE”

DELEGACIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA MADRID

8 DE MARZO DE 2013

Se ha hablado ya de la Nueva evangelización para los tiempos actuales, de las implicaciones en el mundo educativo y del testimonio de los educadores ante las interpretaciones de la Nueva Evangelización. Poco nos queda por decir, repensaremos lo ya dicho según claves educativas que no se pueden dejar de subrayar en el nivel teórico y especialmente en el de la vivencia. Nos gustaría, además, tener en cuenta que la Nueva Evangelización nos recuerda que los católicos estamos maravillosamente situados para exponer con solvencia estas claves educativas y, al mismo tiempo, para advertirnos del desengaño que supondría no acometer esta tarea en la educación y la evangelización.

Como hemos expuesto en el resumen trataremos tres puntos:

- La fuerza del ejemplo: desde el pensamiento de algunos clásicos y también de autores actuales, que reivindican la ejemplaridad en la vida pública.
- La pedagogía de la alteridad: la filosofía creyente, un modelo de educación para hoy.
- Las humanidades y la utopía de un mundo ético: la pedagogía del éxtasis.

1. *La fuerza del ejemplo*

Veremos el pensamiento de algunos educadores y filósofos que desde el mundo antiguo y, aún hoy, abogan por la búsqueda de un modelo y defienden la ejemplaridad como base esencial para el ejercicio de educar. Todas las teorías y también las pedagógicas remiten a una filosofía. Según Fernando Rielo, las diversas filosofías han tenido siempre vocación metafísica, por lo que solamente desde una concepción metafísica bien concebida puede darse razón, de la ontología y de su definición del ser humano, así como de la pedagogía y de la definición del hecho educativo.

Analizaremos la importancia de que la reflexión parta de un modelo, porque supone situarnos en una verdadera teoría, y, por el contrario, su rechazo suele coincidir con la decadencia en la cultura y en la educación. Hablar de Modelo significa tratar del modo de ser de aquello que conforma la realidad o tratar la realidad en su estado de perfección, pues bien nuestro interés está en afirmar que la mente humana conforma su interpretación o su acercamiento a la realidad según modelos. Y si ello es importante en la metafísica a fin de entender la reflexión sobre lo real; igualmente es importante en la educación porque el joven crece fijándose en algunas referencias o modelos de conductas. El modelo es una representación ideal de lo real. La búsqueda del modelo es un estado ontológico connatural a todo ser humano, de modo que cuando no lo busca, aquél estado queda irremediabilmente frustrado.

Si no tenemos esta referencia, entonces qué modelo seguimos o la preocupación por sí mismo o una relación, no bien formada, respecto a los demás.

Desde Sócrates, que centra la teoría filosófica en el hombre y el sentido de la vida, no se ha dejado de dar importancia a la figura del maestro, como guía orientativa, de la educación. La vida humana requiere de la educación diría Kant y todo acto educativo requiere de un maestro. Es cierto que Paulo Freire, entre otros autores, y ciertos adagios famosos nos recuerdan que educa la comunidad, pero lo efectivo recae en el modelo o ejemplo de alguien, a quien llamamos maestro, que nos atrae a fin de superar o mejorar la condición actual y aprender a vivir o a ser, como dice Jacques Delors.

De la pedagogía socrática podemos llegar al pensamiento educativo de filósofos españoles contemporáneos como Manuel García Morente, Xavier Zubiri o María Zambrano que enfatizan siempre el papel del maestro, pues constituye un ejemplo de vida que orienta, guía, enseña el camino, infunde fortaleza, consuelo, etc. Igualmente la psicología actual nos habla de la confianza básica como punto de partida de un desarrollo emocional equilibrado en la personalidad del niño. García Morente que ha sido admirado por su condición docente, como verdadero pedagogo, dedicó algunos reconocidos artículos sobre el maestro y destacó que “de ningún modo se puede ser una mala persona y un buen maestro”.

La profesión docente imprime carácter a la vida entera en todos sus aspectos y crea obligaciones no sólo para la actuación pública, profesional, sino también para la actividad personal y privada. El maestro, el buen maestro, lo es por completo, en la clase, en la calle y en la casa¹.

La educación requiere de un buen maestro, porque cada persona se conduce por un modelo que define su aspiración y su quehacer, alguien a quien admira y mueve las emociones y los ideales al servicio de un mundo mejor.

¹ García Morente, M. “Virtudes y vicios de la profesión docente” en *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)* ed. de Casado, A y Sánchez-Gey, J. Ed. Idea, Tenerife, 2007, p. 207.

Zubiri en su artículo *la Filosofía del ejemplo*² nos propone cómo llegar al verdadero conocimiento. Se sitúa en una tradición que viene de San Agustín (en el interior del hombre habita la Verdad)³ y de Max Scheler, puesto que defiende la intuición intelectual, que es capaz de captar la esencia de las cosas, su verdadero sentido. El papel del maestro es el de enseñar al alumno a conocer, entendiendo que “conocer es pensar la verdad”. Así lejos de los métodos deductivos o inductivos, el maestro enseña criterios al alumno que le lleve mediante el amor a compenetrarse con el auténtico sentido. Mientras que el concepto tiene como régimen psicológico el recelo o la sospecha, el amor guía la intuición. Tal vez una buena lectura de Zubiri nos habría alertado de aquellas filosofías de la sospecha y de la posible confusión que traían aparejada.

Todo razonamiento pende, en última instancia, de dos supremas irracionalidades. Una primera irracionalidad se halla en el umbral de la conciencia: es la noción de individuo. La segunda suprema irracionalidad se halla en la cúspide la obra intelectual. En la serie indefinida de razones hay ciertas razones “últimas” (categorías, principios primeros), elementos con que contamos en el discurso, pero que éste es incapaz de justificar⁴.

Zubiri centra la cuestión en el aspecto más profundo del conocimiento, es decir, para llegar a conocer se requiere la intuición de modelos⁵; si pretendiéramos alejar de nuestras mentes los trascendentales como la verdad, la belleza, el bien o la unidad entonces nuestro pensar, que es un discurrir natural de los pensamientos, no alcanzarían el conocimiento sólo la fugaz opinión o la apariencia del ser.

En el fondo, pues, la intuición intelectual es el método de que toda pedagogía se viene sirviendo sin percatarse tal vez de su enorme trascendencia filosófica. El ejemplo es el instrumento esencial de la educación intelectual... El verdadero educador de la inteligencia es el que enseña a sus discípulos a ver el “sentido de los hechos”, la “esencia” de todo acontecimiento⁶.

María Zambrano dedica muchos artículos a la educación y también al maestro, concretamente a la vocación del maestro y a su tarea mediadora y nos habla de la vocación.

Cuando se siente al prójimo como persona, se espera siempre de él y, en consecuencia, uno de los mayores dolores de la vida es el asistir al hundimiento o falsificación de esa promesa. Adelantándonos un poco dentro de nuestro tema, diremos que es uno de los padeceres que especialmente visitan a quien tiene vocación de maestro...⁷.

² Zubiri, X. “Filosofía del ejemplo” (1926) en op.cit, p. 384.

³ San Agustín *De Magistro*, XI, 38, 50-52. Para San Agustín Cristo es la Verdad de un ser personal que contesta a todo aquel que le consulta.

⁴ García Morente, “Virtudes y vicios de la profesión docente” op. cit, p. 207

⁵ Zubiri lo denominará, posteriormente, la formalidad de realidad.

⁶ Zubiri, X. “Filosofía del ejemplo” (1926) en op.cit., p. 384.

⁷ Zambrano, M. “La vocación de maestro” en *Filosofía y Educación. Manuscritos*. ed. de Casado, A y Sánchez-Gey, J. Ed. Ágora, Málaga, 2007, p. 101-102

Zambrano nos sitúa en el momento mismo de la trascendencia. Propone una mirada en la que el sujeto se ha de retirar para dejar pasar diáfananamente lo que está al otro lado. Porque el ser humano es el único capaz de realizar esta tarea y sólo puede hacerlo, cuando se libera de sus propios prejuicios, por ello “el hombre es el ser que padece su propia trascendencia”. María Zambrano habla, además, de la mediación del maestro.

Podría medirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en modo activo. Y aun por imperceptible temblor que la sacude. Sin ello, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia. Pues que ello anuncia el sacrificio, la entrega⁸.

Entre sus artículos sobre educación María Zambrano escribe *Una parábola árabe*, un texto delicado y lleno de sentido sobre el acto educativo, que trata de dos pueblos que tienen el cometido de pintar cada uno una pared. De la diversidad de las dos paredes, en la que una se ha dibujado con primor, y la otra se ha pulido y repulido y queda por tanto inmaculada y capacitada para reflejar todo el arte de la otra, se puede cotejar la importancia de lo que hay y de lo que falta a fin de lograr un panorama armónico y completo de la realidad. El maestro es quien pretende esta armonía y especialmente es aquel “capaz de rescatar toda fealdad, toda mediocridad, (...) y crear un medio purificado, lavado”⁹.

La vocación es tan íntima, tan interior, como externa o expresa. O mejor dicho, la vocación responde a un modelo o ejemplo de vida que es tan inmanente como trascendente, lo que se expresa es signo inequívoco de lo que se es y crece en tanto se expone y se abre a los demás.

La vocación, vista desde el que la tiene es una ofrenda, y la ofrenda completa en un ser humano de lo que se hace y de lo que se es...¹⁰.

No tener maestro es no tener ante quien preguntar y, más hondamente todavía, no tener ante quién preguntarse. Quedar encerrado dentro del laberinto primario que es la mente de todo hombre originariamente; quedar encerrado como el Minotauro, desbordante de ímpetu sin salida. La presencia del maestro que no ha dimitido –ni contradimitido– señala un punto, el único hacia el cual la atención se dispara. El alumno se yergue¹¹.

Todos estos textos nos pueden llevar a pensar en la importancia del Modelo o de la ejemplaridad y buscar también la causa del actual descrédito. Pues por una parte, la historia de la filosofía y la filosofía de la educación nos advierten de su importancia y la propia vivencia personal confirman esta experiencia. Pues la vocación, el gusto de una asignatura u otra traen a nuestro recuerdo, en muchas ocasiones, la ilusión, el entusiasmo, o la confianza que pusieron en nosotros

⁸ Ibidem, p. 117

⁹ Zambrano, M. “Una parábola árabe”, op. cit., p. 135

¹⁰ “La vocación de maestro”, op. cit., p. 107

¹¹ “La mediación del maestro”, op. cit., p. 117-118.

nuestros padres o nuestros maestros. Por ello, actualmente se empieza a ver y a reflexionar sobre la necesidad de recuperar el ejemplo como verdadera motivación de la educación.

Javier Gomá desde su primera obra *Imitación y Experiencia* a la última *Necesario pero Imposible* exalta la necesidad del ejemplo, porque piensa que toda teoría expone la realidad de un modelo al que conviene imitar. Metafísica y pragmática; así la cultura, la poesía asume una función educadora. Dice: “cuando la cultura deja de ser ejemplar, los personajes pierden también tipicidad general”¹². En su última obra *Necesario, pero imposible* expone que Cristo es el más significativo de todos los ejemplos históricos.

Ahora bien, intentaremos responder al motivo de su actual desacreditación no tanto en la teoría, como hemos visto, sino en la práctica educativa. La importancia del maestro, como autoridad moral, de la que el Evangelio habla, lleva aparejada siempre una responsabilidad. Lo contrario, la falsa humildad, el pasar desapercibido puede acompañarse de la pretensión de una falta de compromiso o de una dejación de nuestras responsabilidades. Si no hay tarima que nos distinga, si somos todos iguales, tampoco hemos de asumir tareas como la de dar ejemplo y la de ser una referencia para los alumnos o para los hijos, aunque suponga dejarlos en una estéril orfandad.

A veces también se ha entendido como amparo de una neutralidad, pero los seres humanos no somos neutrales, ni tampoco somos amorales, por lo que la pérdida de este valor de la ejemplaridad es la pérdida de un tesoro para el joven, que por ser valioso lo necesita. Si nos referimos a la fe, a menudo se ha correspondido a una actitud vergonzante de no expresar la creencia o hasta la de querer ocultarla. Y si el maestro no vive la transparencia, entonces opaca el acto educativo; en materia de la fe supone ocultar la plenitud de su vivencia del profesor y deja de ejercer un magisterio ejemplar con los alumnos, sin darle ni siquiera la posibilidad de aceptar esta expresión de vida.

Sin embargo, algunos filósofos como Habermas han querido recuperar el discurso ético de forma más clara y propone “mantener despierta la sensibilidad por la verdad”, o Martha Nussbaum que centra toda su reflexión en una firme defensa de la pedagogía socrática porque ésta pone en el centro de la argumentación las preguntas más profundas acerca del ser de la persona, de su quehacer y del modo de orientar su propia existencia, porque educar es misión humana y humanizante y ha de llegar al fondo del ser, del conocer y del vivir moral u orientación vital del mayor bien¹³.

La pedagogía de la alteridad

¹² Gomá, J. *Imitación y experiencia*, Crítica, Madrid, 2003, p. 488.

¹³ En los Lineamenta del Sínodo de NE, en el artículo 23 Evangelizadores y educadores en cuanto testigos, se dice: *Puede evangelizar solo quien a su vez se ha dejado y se deja evangelizar*, quien es capaz de dejarse renovar espiritualmente por el encuentro y la comunión vivida con Jesucristo.

La relación educativa es el mayor y mejor acto de comunicación. En los tiempos actuales, olvidados por fin de los pragmatismos y positivismos del pasado siglo, podemos recuperar con claridad la consciencia de que las relaciones educativas son, principalmente, relaciones personales. Es decir, que el acto educativo tiene como centro a la persona y se propone fines para perfeccionar y llenar de sentido la vivencia de cada educando. Dicho de otro modo, educar es, principalmente, formar. Cuando en los últimos años, desde la década de los 90, se viene defendiendo la educación en valores, es porque se ha querido poner el acento en la formación de la persona.

Pero las leyes van más deprisa que las mentalidades, y aunque tengamos consciencia de la formación, sin embargo, queda un largo camino por recorrer y aun más en el sentido de la creencia religiosa donde, de nuevo, se ha ejercido mucha neutralidad y mucha actitud vergonzante. Ha sido Nicodemo quien ha triunfado.

Comenzaremos por la educación, en su sentido amplio, ésta consiste en crear ámbitos de reflexión y sosiego que propicien una formación y encuentro como rechazo de cualesquiera otras formas alienantes de educación. Y ello se puede realizar si forma parte de nuestra vivencia y con transparencia la expresamos y la exponemos. Todo educador innovador defiende la formación y la educación integradora y personalizada. Nos centraremos ahora en la afirmación de éticas y pedagogías de la alteridad que hoy se proclaman y son abiertamente creyentes. Pues en muchos autores tienen el sello indiscutible de sus creencias, autores como Lévinas, que centran su formación y su enseñanza en el encuentro con el otro, más aún con el débil. Lévinas apela a nuestra conciencia y afirma que la indigencia humana nos compromete. La alteridad significa que no podemos ser realmente personas, no podemos vivir un yo con autenticidad, si no salimos de nosotros mismos al encuentro con el otro.

Los valores se muestran en lo que hacemos y no en lo que decimos. Por tanto, la palabra, el encuentro con el otro, del que nos hacemos cargo, amplía la propia existencia y esto sí es educativo. Entonces hay maestro y se da una auténtica educación. Pedro Ortega la define como educación ética, que se traduce en acogida y compromiso¹⁴.

El otro, su rostro, su presencia compromete nuestra vida personal y socialmente. Es mi hermano y he darle una respuesta, mi libertad se nutre de la responsabilidad. ¿No es así que en este encuentro se experimenta las situaciones más significativas del crecimiento personal y fraterno? La educación deja de ser teórica para convertirse en una vivencia que transforma nuestras vidas. ¿Pero no es esto también lo más significativo del cristianismo? Benedicto XVI lo dice claramente: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, la vida cristiana parte del Encuentro con Jesús”¹⁵.

¹⁴ Ortega, P. “La educación moral como pedagogía de la alteridad”. *Revista Española de Pedagogía*, nº 227, 2004, p. 5-31

¹⁵ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, nº 1.

Martha Nussbaum afirma que estamos asistiendo “a la mayor crisis mundial en materia de educación. Si esta tendencia se prolonga las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos...”¹⁶; frente a esto la misma Nussbaum nos dice que Gandhi sabía que la lucha por la libertad debe empezar por uno mismo.

¿Acaso no son estos ideales los mismos que los ideales cristianos, con el plus, además, de la vivencia de la religión que supone siempre la apertura a la dimensión trascendente y a lo sagrado? Por tanto, la necesidad de formación que actualmente está en alza en algunos autores, que solicitan restaurar la pedagogía socrática o las humanidades, hemos de leerlas en clave creyente y podríamos decir, sin equivocarnos, que están valorando la potencialidad del mensaje cristiano bajo algunas características, que me detendré en señalar:

a) como horizonte de sentido, porque en nuestra tradición se vincula el acto educativo con el conocimiento sapiencial, con la sabiduría narrativa que se basa en una experiencia de vida. Y la historia educativa es siempre la de un acontecimiento o de un encuentro, entre el maestro y el discípulo y entre los discípulos entre sí. Nada más humano que la educación y nada más humano que la tradición de lo sagrado. No puede y no se debe desterrar la dimensión religiosa de la condición humana. Porque lo más humano es lo sagrado. Decía Benedicto XVI en la Universidad de La Sapienza: “El sólo saber produce tristeza” “La Verdad va unido al bien”.

b) y junto a la tradición sapiencial que hoy quieren recuperar autores como Lipmann o Gaarder o Nussbaum, o en España Javier Gomá¹⁷, existe otra de igual fuerza, que reconoce la tradición comunitaria. Educar es crear comunidad. La universidad tiene en la comunidad y en la búsqueda del saber sus más preciados orígenes, la *universitas* es una corporación moral donde rige la solidaridad.

Desde la evangelización y desde la Nueva Evangelización veremos la experiencia de dicha aportación enormemente significativa en el cristianismo y por tanto para la educación de hoy. Qué queremos decir con ello, que la NE nos posibilita caer en la cuenta que el educador ha de recuperar el valor de la palabra y del diálogo. Así lo proponía Gadamer en una conferencia suya *Educar es Educarse*, casi al final de su vida. ¿Y no es acaso la tradición religiosa y la tradición cristiana hogar y cima de la palabra? ¿No ha sido una educación rica en la meditación y enseñanza de la Palabra? Recuperar su sentido y contagiarlo es nuestra tradición y en ella hemos sido formados y hemos de proclamarlo con libertad y entusiasmo.

Cualquier autor actual, como los que venimos señalando, proponen la confianza como antídoto de otras inclinaciones más propensas al miedo, o a la ansiedad por no saber nuestro puesto en el mundo. Y, sin embargo, nosotros conocemos

¹⁶ Nussbaum, M. *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores, Madrid, 2011, p.20

¹⁷ Gomá, J. “Ateísmo y agnosticismo pueden seguir siendo formas de honestidad, pero no tienen el monopolio de la realidad”. *Necesario, pero imposible*, Taurus, Madrid, 2013.

que el hecho religioso supone siempre el desarrollo de la confianza en un Padre que nos creó primero y nos amó como persona, lo cual es el hecho más sublime, único e irrepetible.

*Las humanidades y la utopía de un mundo ético: la pedagogía del éxtasis.
La definición mística del hombre*

Cuando hemos hablado de la necesidad de un modelo, nos hemos referido al nivel teórico y al educativo, en su carácter de ejemplaridad. Si nos situamos en el nivel teórico, hemos de proponernos, según palabras de Fernando Rielo, una visión bien formada de esta realidad, mirar el mundo con visión metafísica, pues afirma que todas las concepciones metafísicas del ser humano tienen en común el utilizar el concepto de persona¹⁸, de este modo la definición de persona debe ser el punto de partida de nuestra reflexión hacia la metafísica. Para Fernando Rielo, la persona es la máxima expresión del ser, de forma que “no hay un término superior a la noción de persona que defina a la persona [...], antes bien una persona debe ser definida por otra persona” (ibid.). Es intrínseco al ser personal, por tanto, su relación de apertura a otro ser personal, por lo que es inconcebible la noción de persona como ser cerrado en sí mismo. De ahí que podamos decir que el “ser +” es “la estructura abierta del ‘ser persona’” (ibid.).

Esta definición nos sitúa en la mística y en la esencia del ser humano como ser místico, pues es la dimensión más trascendental y asume todas las demás, es decir, toda otra característica como la de ser racional, lingüístico, social, simbólico, emocional, etc. Fernando Rielo propone: “Mi modelo metafísico implica esta definición mística del hombre, que tiene el imperativo ontológico de una divina presencia constitutiva”¹⁹.

La apertura del ser humano y su carácter unitivo se fundamenta en esta presencia divina que le constituye como persona. La tesis de San Agustín encuentra aquí su perfección, pues la afirmación de que en el interior del hombre habita la Verdad, se añade que ésta le es constitutiva, y al constituirle le dona de unos bienes o patrimonio genético que abren el ser de la persona a su definitivo destino y a su plenitud. Así:

- a) Su naturaleza posee la capacidad esencial de comprender la verdad, la bondad, la hermosura, el amor...esto es “experiencia mística”.
- b) de tener experiencia positiva e incrementativa de todos los valores o virtudes. Y esto, sea cual sea la religión de esa persona, e incluso aunque rechace toda religión.
- c) de buscar la perfección

¹⁸ Rielo, F. “Tratamiento sicoético en la educación” en *Mis meditaciones desde el modelo genético*, F. F. R, Madrid, 2001, p. 100.

¹⁹ Rielo, F. “Formación cultural de la filosofía”, en *Filosofía, ética y educación*. F. F. R, Madrid, 2001, p. 47

“La persona humana queda precisada en mi pensamiento con nuevo enunciado: la persona humana es un espíritu sicosomatizado inhabitado por la divina presencia constitutiva del sujeto absoluto”²⁰.

Quiere decirse que la naturaleza humana está constituida de cuerpo o soma, alma o sique y espíritu, pero estas tres realidades son distintas e integradas, son diferentes e inconfundibles. En el espíritu reside la esencia del ser humano, de modo que es un ser espiritual, pero un espíritu sicosomatizado. El alma es nuestro psíquico, no es persona, no es espíritu. El alma es el conjunto de funciones o reacciones que sentimos. Si nos dejamos llevar por cualquier tendencia del alma en sentido negativo, sea el miedo, la envidia, u obsesiones que sólo pensarlas nos hacen daño, por su carácter agresivo o depresivo, entonces podríamos caer fácilmente en neurosis. Con la neurosis viene la enfermedad, el pecado o la muerte, ese vivir como muertos o como enfermos. El espíritu nos saca a cada uno de ese estado de neurosis, que es universal –en el que estamos todos-, pero no de forma absoluta, pues siempre somos seres finitos. El espíritu está capacitado para volar, pero la neurosis egotiza y le deja “bajo mínimos”, entonces los seres humanos se sienten bloqueados, clausurados.

Esta unidad humana no es simple, sino compleja. De aquí que la persona requiera vivir del espíritu, como forma que asume lo psíquico y lo somático integradoramente, y procure la armonía para favorecer el equilibrio emocional, la concienciación de lo que se desea y en su grado de plenitud, la distancia de los propios sentimientos a fin de objetivarlos y superarlos y tantas otras posibilidades que residen en el espíritu. El ser humano es educable. El éxtasis o energía espiritual, pone orden y desarrollo a la personalidad humana. Es su acto ontológico.

La palabra tiene, entonces, el sentido de “salida de un estado de ser para entrar en otro estado de ser que incluye, a su vez, la salida de un estado de conciencia inferior para entrar en otro estado de conciencia superior” (*ibid.*). La energía extática capacita al ser humano para superar el “yo” y unirse a todo aquello que, trascendiendo este “yo”, le motiva a superarse. Sin esta energía, el hombre quedaría enredado en sus limitaciones y condicionantes sin capacidad de reducirlos, con lo cual, no se daría ningún cambio o transformación. Y en ello consiste la educación. La educación parte del supuesto de la perfectibilidad humana. La negación del éxtasis convertiría al ser humano en un ser cerrado y estático sobre sí mismo.

Benedicto XVI, art. 6 de *Deus caritas est*

El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad –sólo esta persona-, y en el sentido del “para siempre”. El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo

²⁰ Ibidem.

definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es “éxtasis”, pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios²¹

Frente a las grandes teorías psicológicas y antropológicas del siglo XX, en las que diversos autores propusieron como hipótesis explicativa de la conducta y humana y el sano desarrollo emocional la libido (Freud) o la relación social (Erich Fromm) o la confianza básica (Erik Erikson), Víctor Frankl el sentido de la vida o la trascendencia, Fernando Rielo subraya la condición mística del hombre y pone nombre personal a esa trascendencia. Fernando Rielo propone que el ser humano perdió la preternaturalidad en la que fue creado, relación armónica entre su conducta psíquica y ética, (el Paraíso donde hemos vivido y que no nos abandona), el estado originario que buscamos siempre.

Fernando Rielo pretende con esta afirmación de la dimensión extática de la persona no limitarse en fines o fenómenos educativos, sino centrarse en el éxtasis como forma que define la comunicación del ser humano, y la educación implica una manera de comunicación a la que es extraña el autoritarismo o la imposición como el libertinaje. El éxtasis nos impulsa a salir de cualquier estado amorfo o equívoco, por lo que no puede asociarse a nada que tenga que ver con la evasión o la sublimación.

El acto ontológico del espíritu humano no es una energía física o síquica, sino que es energía extática, surge del propio espíritu como una fuerza cuyo origen es la “acción teantrópica, esto es, la acción de Dios en el ser humano con el ser humano”²². El éxtasis es la energía que nos orienta hacia el Absoluto, que es plenitud de nuestra existencia. La educación tiene como fin que el alumno se una existencial e intelectualmente con aquel que lo define²³; y desde esta referencia de ultimidad, todos los demás bienes educativos adquirirán sentido.

La educación en el éxtasis.

“El ser humano aunque con desviaciones o conflictos no resueltos posee un núcleo sano que hay que incrementar, potenciar”...

Todos reconocemos realidades irrefutables que acompañan la condición humana: *la necesidad de amar y ser amados, la relación de reconocimiento, la admiración*. La educación en el éxtasis responde a esta necesidad. Educar en el éxtasis es dar forma a la energía que capacita al hombre para [que], saliendo de sí mismo, [pueda] unirse con los ideales más altos que puede concebir²⁴. Si el éxtasis es educado tiene una fuerza formidable para *integrar nuestra conducta*,

²¹ *Deus Caritas est*, art. 6

²² *Ibidem*, p. 105

²³ Rielo, F. “Filosofía sicoética”, *op.cit.*, p. 138.

²⁴ *Ibidem*.

para ordenarla. Educar en el éxtasis es dar forma a la energía constitutiva, de ahí que “es buen educador quien, no sólo se comunica con el educando, sino que sabe hacer de la educación «arte extasiológico» –dirá Fernando Rielo– que produce un estado activísimo de libertad, inteligencia y voluntad del educando, en tal grado que hace a éste salir de sí, para unirse, con sentimiento de admiración y júbilo a los ideales y actitudes que le son transmitidos”²⁵. Recordemos las palabras de Benedicto XVI, “puede evangelizar sólo quien a su vez se ha dejado y se deja evangelizar”.

Y desde la pedagogía de la alteridad autores como Bárcenas y Melich no se cansan de repetir, que educar es salir de sí mismo, “cruzando la frontera”

Acoger al otro en la enseñanza... es acoger lo que me trasciende y lo que me supera; lo que supera la capacidad de mi yo y me obliga a salir de él, (de mi yo), de un mundo centrado en mí mismo, para recibirlo²⁶.

La esencia del acto educativo consiste en

a) educar la fuerza extática del espíritu humano. Esta aspiración está inscrita en el ser humano y como la sed busca la fuente que sabe le proporcionará la motivación necesaria para saciar toda enseñanza y aprendizaje. Y al mismo tiempo reconoce que si no encuentra esta energía y no se sacia con esta actitud, todo lo demás no es suficiente.

b) La educación en el éxtasis centra la vocación trascendente que convierte a la propuesta pedagógica en integradora. Lo contrario crea siempre mala conciencia y si se silenciara intencionalmente entonces, según Fernando Rielo, introduce la ‘mala fe’ en el ejercicio educativo²⁷.

c) Hay dos movimientos en el éxtasis como energía formante de la persona: immanencialidad, por la que “la persona se enriquece a sí misma” de todos los bienes que adquiere en el proceso educativo; transcendentalidad, por la cual hace aquello “en función del Absoluto y en función de la sociedad” (*ibid.*).

El éxtasis debe ser educado, porque puede quedar afectado de las fuerzas estimuladas y pulsionales de la psique, sin olvidar los estados anímicos provocados por afecciones fisiológicas y orgánicas en general. Aquellas fuerzas pueden deprimir la energía extática, aunque no lleguen a extinguirla, porque la energía extática es esencial al espíritu humano: el profesor debe, entonces, enseñar al educando a extasiarse “ante las cosas, los acontecimientos, las enseñanzas” (*ibid.*, p. 34).

Esta energía extática es el amor, que es la fuerza que nos hace salir de nosotros mismos para donarnos, y alcanzar lo es más noble y deseable en esta vida humana. Todos los profesores conocen la importancia de la motivación y es el amor la mejor motivación. Según lo tratado la mejor motivación parte del propio

²⁵ Rielo, F. “Tratamiento sicoético en la educación”, op.cit., p. 82

²⁶ Bárcenas, F y Mélich, J “La mirada excéntrica. Una educación desde la mirada de la víctima” en Mardones J y Mate, R. *La ética ante las víctimas*. Anthropos, Barcelona, 2003, p.195-218.

²⁷ Rielo, F. “Tratamiento sicoético en la educación”, op. cit., p. 84.

profesor. Y motiva el amor, el entusiasmo, la ilusión por la tarea educativa, por el conocimiento, por el saber y, sobre todo, los alumnos que son como personas la realidad más excelente que se pueda pensar.

La educación en el éxtasis funda una didáctica del amor: “el modelo didáctico que se debe seguir, por tanto, es la pedagogía del amor que tiene Dios a sus criaturas. Entender y vivir la pedagogía del amor, a imitación de Cristo, exige del docente una exquisita sensibilidad espiritual, alimentada en el Evangelio y vivenciada en la oración. El maestro enseñará con eficacia en la misma medida que él sea verdadero discípulo”.

No obstante, sabemos que esta energía puede ser egotizada siempre que la persona humana se apropie para la afirmación anómala de su yo, entonces surgen las disgenesias conductuales, el comportamiento no genético, pues no se orienta hacia el Absoluto y cuya expresión principal es el egoísmo en todas sus manifestaciones.

La importancia de la definición mística del hombre reside en el acto de la divina presencia o energía extática que le lleva a conocer, a actuar, a activar todo su ser, con lo cual la educación ha de consistir en formar esta capacidad extática; por otro, forja una forma de relación o trato educativo que debe tener en cuenta esta dignidad fundamental del ser humano. He aquí el origen de dos indicadores clave de la pedagogía idente: la educación en el éxtasis y la educación en el trato con los demás, que Fernando Rielo llamaba culto dúlico.

El éxtasis del profesor debe llevarlo al deseo de transmitir una visión del estudio con sentido humano, donde prime la búsqueda de la verdad y la integración de los distintos saberes, todo ello al servicio del bienestar físico, psicológico y espiritual del ser humano entendido desde su origen y destino trascendentes. El profesor que educa en el éxtasis busca, entonces, ayudar al estudiante a configurar su comprensión de sí mismo, de la ciencia, de la realidad, de manera que pueda irse preparando para la vida y el ejercicio profesional dentro de un proyecto integral como persona. Pero, sobre todo, la educación en el éxtasis ha de propender a que el estudiante descubra que solo en Alguien absoluto puede satisfacer sus más profundas aspiraciones: “el hombre puede alcanzar un progreso en unión con este ‘quién’ absoluto que da satisfacibilidad, dentro de lo que es posible en esta vida, al misterio que para sí mismo representa el hombre librándole, de este modo, de una forma de soledad que, lejos de impulsarle, paraliza sus estímulos en todo cuanto debe acometer. Ésta es la primera educación prospectiva del hombre”.

3. Conclusión.

1. Hemos visto que la educación del éxtasis supone la necesidad del ejemplo, apertura del ser humano, como ser +, que se desarrolla en la trascendencia con el otro y con el Absoluto.

2. Todo ello encuentra un feliz momento en el anuncio, que es también nuestra conclusión, de que toda educación es formación.

Y los creyentes podemos ser los más receptivos y propicios para vivir la educación, que es formación y vivencia. De aquí que todo verdadero educador y centro educativo sólo puede transmitir lo que rebosa de su corazón. Esta es nuestra condición mística.

3. Juan Pablo II nos decía en la madrileña Plaza de Colón que la Fe no se impone pero ha de exponerse siempre. Esto es educativo: “Dar razón de nuestra esperanza, con dulzura y respeto” (1P 3,16). Cuando Benedicto XVI habla de “emergencia educativa” se refiere a las dificultades de toda educación y de la educación cristiana, pues ni los padres, ni los agentes educativos ven factible la influencia que deben ejercer sobre sus alumnos o sus hijos. Nos parece que estas pedagogías hoy enunciadas comportan modelos vigentes del pensar y educar, al mismo tiempo que se comportan como lugares de confianza y alegría, que hace más fácil y atractivos el arte de convivir y de transmitir la fe.

Si falta la luz de la Verdad y tampoco se ve la bondad o el bien de vivir²⁸, entonces resulta fácil abdicar de los propios deberes, de los educativos y de la misión que se nos confía. Benedicto XVI dice que la verdad de la fe y de la razón nunca se contradicen. La Iglesia con la verdad revelada purifica la razón y la ayuda a reconocer las verdades últimas como fundamento de la moralidad y la ética humanas. Existe un vínculo fuerte entre iniciar en la fe y educar en la verdad. Emergencia educativa se refiere a la formación, la formación de la persona para hacerla capaz de vivir en plenitud y contribuir al bien de la humanidad. Por ello crece, desde diversos sectores, la demanda de una educación auténtica y el redescubrimiento de la necesidad de educadores que sean verdaderamente tales.

La educación como formación ha de alentar la capacidad moral global de la sociedad. Si no se respeta el derecho natural supone “una contradicción pedir a las nuevas generaciones respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas”²⁹.

²⁸ Lineamenta, artículo 20. *Iniciar a la fe, educar en la Verdad.*

²⁹ Artículo 21. El objetivo de una ecología de la persona humana